

El taller solitario

He aquí el austero y poco codiciable taller donde se fue labrando esta obra en el silencio de las madrugadas, cuando te vienen a ver, vivos, todos los desaparecidos que te esperan para enderezar entuertos.

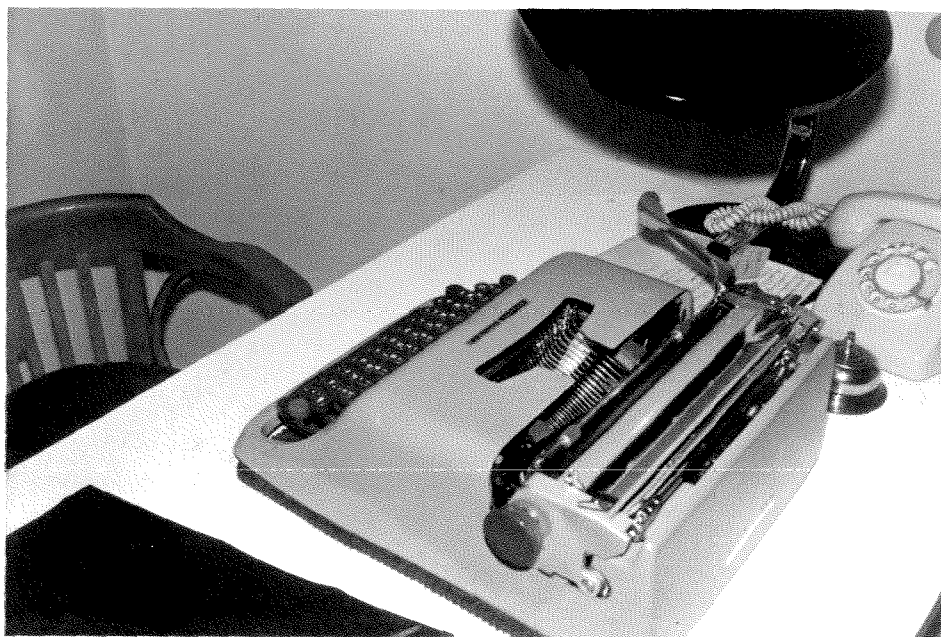


Foto: ARISTIDES

Las cosas muy usadas adquieren personalidad porque el hombre, como los oficios, deja su huella en cuanto manosea.

Los mecanismos se amoldan a la obligación y la cumplen con suave facilidad, mucho más tiempo del que pudiera suponerse adaptados, el hombre y la máquina, a la misma necesidad.

He conocido mucho a las sastras antiguas que pasaron su vida con una máquina de mala muerte, sin averías ni interrupciones en el largo trabajo de todos los días y he visto muchas máquinas flamantes repartidas en las casas que nunca marcharon bien. Todo depende de la máquina y de su manipulador, de la buena adaptación del uno al otro y del modo de llevar la labor, pero sobre todo de la función.

Con los grifos del agua pasa lo mismo. Uno cualquiera puede durar toda la vida o estar siempre pasado de rosca. Y no digamos las máquinas del tren, tan defendidas siempre a capa y espada por las parejas que no querían perder su máquina porque se la estropeaban, como si la máquina conociera la mano que le tiene cogido el tranquillo.

Y eso que pasa con todo no es ajeno a este trasto que apenas te oye empieza a dar vueltas como el borrico de la noria y no lo deja mientras te siente orilla.

Solo si tú te paras se para él o se entorpece. Y esa es la importancia de la continuidad, para la máquina y para tí mismo, pues, es una ley que no excluye ninguna clase de mecanismos.